

perversidad, en fin, de nosotros mismos. Y lo mas notable aún es, que estas verdades y estas lecciones, así vomitadas por el error y el crimen, son el último resultado de una esperiencia de muchos siglos. Dios tenia reservada nuestra época para ser como la orilla en la cual estas olas, partidas de tan lejos, subidas á tal altura, henchidas hasta las nubes, debian venir á estrellarse, y darnos el espectáculo de su impotencia y de su inmundó sér. Nos ha parecido que era muy interesante el tomar acta de estas grandes y curiosas advertencias, y el justificarlas y el recogerlas, antes que estas mismas olas, que nos las han traído, no vengan á llevárselas otra vez; antes que, para servirme de las valientes espresiones que me ofrece la Escritura santa, *el perro no haya vuelto á su vómito,—y la marrana lavada revolcarse en el cieno* (1).

¡Ojalá podamos haber contribuido algo á prevenir ese retorno fatal y vergonzoso, y á decidir la vuelta completa á la verdad, á la gloria y á la vida!



[1] *Canis reversus ad suum vomitum; et sus lota in volutabro luti.*
(San Pedro, II, II, 22).

CAPITULO V

OBJECIONES.—RESPUESTAS.

NACIONES PROTESTANTES COMPARADAS A LAS CATÓLICAS.

Después del cuadro que acabamos de presentar, no se puede negar que la Reforma ha sido como un desencañamiento del mal sobre la tierra. Este cuadro no es sospechoso, puesto que lo trazó la propia mano de los reformadores. Son tantos sus testimonios sobre este punto, que mas trabajo nos costó desecharlos que recogerlos; y haciendo desaparecer todos los que hemos producido, podríamos componer el mismo cuadro con cien otros testimonios nuevos tan fuertes como aquellos.

Seria, pues, inútil dudar de una verdad de hecho tan largamente establecida.

Solo podrá decirse, y pase: que la Reforma, tal como acabais de mostrarla, fué su origen; pero que después se ha calmado, y que las actuales costumbres de las naciones que la profesan, de la Alemania y de la Inglaterra, protestan contra la induccion que querriais sacar contra ella de sus primeros excesos. El Protestantismo contiene y ha contenido siempre caracteres tan incontes-

tablemente honrosos, tan puros y cristianos, que parece increíble no sea mas que una escuela de inmoralidad y de licencia.

Reconocemos toda la importancia de esta objecion. Debémosle el honor de una satisfaccion y podemos dársela, sin separarnos un ápice de nuestra tésis.

Pero hagamos antes una observacion.

Para juzgar bien en sí misma una doctrina religiosa, debe tomársela desde su principio, en lo mas original y primitivo que tenga. En efecto, carece de valor, y no merece que la sigan, mientras no venga de ó la autorice el cielo; si no, nada tendrá de religioso propiamente dicho, y carecerá de título á la fe de los hombres. Pero si viene del cielo ó si éste la autoriza, desde que pierde una ú otra de estas ventajas, mas y mas debe resentirse de su celeste origen.

Mas tarde, como no medie un milagro de preservacion, privilegio esclusivo del Catolicismo, y que aun le disputa el Protestantismo, debe alterarse por su alianza con la tierra, y corromperse al contacto de las pasiones; puede tener necesidad de reforma, como sucedió al Cristianismo, segun los protestantes. Pero en su origen, debe tener toda su virginidad celeste, toda su fecundidad divina.

Si tal sucede con toda doctrina religiosa, mas aún debe regir esto con una que se presenta como reforma de otra. Se ve obligada entonces á ser mas pura que esta, al de alteracion á que hubiere llegado, tan pura como lo era antes de su pretendida alteracion.

Hállanse la prueba y el ejemplo de esto en el Cristianismo. Su pureza, su fecundidad divina brillan sobre todo desde el momento en que le vemos salir de la boca de Jesucristo, predicado por los apóstoles, confesado por los mártires, defendido y enseñado por los apologistas y doctores de la primitiva Iglesia. Todo es puro, santo

y milagroso, todo es divino en esa primera época del Cristianismo. Los mayores milagros con que prueba su divinidad, no se reducen solo á curar enfermos y resucitar, sino que se estienden á curar corazones y santificar almas. Del seno de la mas horrorosa corrupcion, hace germinar y florecer virtudes sobrenaturales, cambia la tierra en cielo, y convierte en ángeles á los hombres. Luego, sin perder nada de su vivificante virtud, la infidelidad de sus hijos podrá oscurecer su brillo y hacer mas meritoria la fe en su divinidad, pero remontándonos á su origen, esta divinidad; hará, en algun modo, que brote la fe del género humano, por medio de los prodigios de santidad, de reforma de las costumbres y de conversion de las almas.

Tal ha sido el Cristianismo en su cuna y en la primera época de su establecimiento.

Tal hubiera debido ser el Protestantismo, salido de la boca de Lutero, y predicado por los primeros reformadores. Pretendiendo reformar el Cristianismo veíase obligado evidentemente á volver á la primitiva pureza de éste, á hacer florecer de nuevo su santidad y á reproducir sus frutos, debiendo su virtud, su eficacia reformadora, operar sobre todo estos divinos efectos en el principio, esto es, en la fuerza de su mision. Esto lo hacia observar Bucer, uno de sus decididos partidarios: "Puesto que nos gloriamos, decia, de ser herederos del espíritu de la Iglesia primitiva, ¿cómo es que este espíritu no ha producido en nosotros lo que en los primeros cristianos?"

Si valiéndose de este espíritu de reforma, ha acelerado el Protestantismo el desórden de las costumbres, desencadenado todas las pasiones, multiplicado todos los vicios y crímenes, alentado prodigios de iniquidad y de corrupcion tales que entonces tuvo el mundo cien veces mas necesidad de reforma que antes de la Reforma, y que el estado de la disciplina y de las costumbres habia

llegado á ser, bajo su influencia, una verdadera imagen del Infierno; no es al cielo donde hay que ir á buscar su origen; ni aun en la tierra.

Luego se enmendó y reformó el Protestantismo; corriéronse las costumbres; durmió en algun modo el desorden, y finalmente, las naciones protestantes presentaron un estado de moralidad que hace honor á su fe.

Y sin embargo el Protestantismo no tiene derecho á este honor; pues á medida que debió perder fuerza y virtud, se fué declarando su enmienda. Luego el honor de esta enmienda le cabe solo á la naturaleza humana, y no en manera alguna á la doctrina protestante, mal que le pese á esta doctrina.

La naturaleza humana, ya lo hemos dicho, no es absolutamente buena; ni absolutamente buena ni absolutamente mala; y por consiguiente, una religion divina y absolutamente santa, como el Cristianismo, debe hallar en las pasiones humanas obstáculos de que podrá triunfar de un modo milagroso en el origen, pero cuya reaccion sentirá mas tarde: de ahí viene que los siglos cristianos posteriores no hayan valido tanto como los primitivos. El hombre en este caso vale menos que su doctrina y la deshonra por su infidelidad.—En oposicion á esto, una doctrina absolutamente mala, como la Reforma, segun se le acusó por sus primeros efectos, deberá hallar en la conciencia humana un dique á sus excesos: podrá forzar este dique y sorprender la debilidad humana, hasta el punto de arrastrarla á los mas monstruosos desórdenes; pero llegará una reaccion de la conciencia de la parte buena de nuestra naturaleza, que sobreponiéndose, corregirá la doctrina, reformará la Reforma; y en este caso los siglos posteriores serán mejores que los primitivos; el hombre valdrá mas que la doctrina, y él será quien la honre.

He aquí una primera respuesta á la objecion, la que

me apresuro á fortalecer completándola con una segunda.

Si la conciencia humana por sí misma se basta para poner freno á la perversidad absoluta, su poder será mas activo cuando á su movimiento natural venga á unirse una fuerza, una virtud cristiana. A esta virtud, por debilitada que se halle, deben las naciones protestantes el haberse librado de la abyeccion que les reportara la Reforma. Me explicaré.

Hay en el Protestantismo dos elementos perfectamente distintos: uno es aquel por el cual se ha separado del Catolicismo; y el otro aquel por el que aun se le queda unido.

El primero, el elemento protestante, consiste en todo lo que ha sido objeto de la separacion y pretendida Reforma, á saber: el libre exámen, la doctrina de la justificacion, el retoño de los sacramentos de Penitencia y de Eucaristía, la supresion de los ayunos y abstinencias, el matrimonio de los sacerdotes, el divorcio, etc. etc.: hé aquí la Reforma, hé aquí el Protestantismo.

El segundo elemento, por el cual el Protestantismo ha quedado en comunion con el Catolicismo, consiste en la autoridad de las Escrituras, la fe en Jesucristo, el bautismo, la moral evangélica, aunque paralizada por el dogma de la Justificacion, etc. etc. Este elemento no proviene del Protestantismo como el primero. Estaba ya y no ha cesado de estar en el Catolicismo, á quien lo debe el Protestantismo. No ha habido separacion, protesta ni reforma sobre este punto, y por esta via se ha continuado el Catolicismo en el Protestantismo, no haciendo éste mas que debilitar y disipar este elemento.

En nuestro juicio sobre la Reforma, no hemos debido ver mas que esta, que lo que fué su obra propiamente dicho, es decir, el primero de los elementos cuya distincion acabamos de establecer. Y no es esta la Reforma bajo un solo punto de vista, sino la Reforma por completo. Hemos dicho y demostrado que reducida así á sí

misma la Reforma fué inmoral, y solo inmoral, y lo sostenemos. Todos sus artículos en general, son (nótese bien) artículos de emancipacion, de relajacion, de indisciplina, de incontinencia para el espíritu, para el corazon, ó para los sentidos. ¡Estraña aberracion de las ideas y del lenguaje! El sentido comun y la esperiencia mas vulgar no prestan á la palabra reforma mas que una idea de repression, de disciplina, de sujecion á la autoridad, como lo ha entendido y admirablemente operado el Catolicismo, por la razon muy clara de que lo que ha menester reforma es el desarreglo, la indisciplina, la incontinencia y la rebelion, y hé aquí que han dado y dejado el pomposo nombre de Reforma á una heregía que lleva por lema en su bandera: Abolicion de la autoridad; abolicion de la confesion y de toda penitencia; abolicion de la fe en los santos misterios; abolicion de la continencia eclesiástica; abolicion de la indisolubilidad del matrimonio; abolicion de toda regla de fe, de todo impedimento, de toda disciplina, de todo freno. ¿Podrá haber mas punzante epígrama para la *Reforma* que su mismo nombre?

Ahora bien, el Protestantismo no ha protestado del todo, ni tampoco la Reforma ha reformado. Ha habido gracia para algunos elementos cristianos, ó mas bien han juzgado que debian conservarse como elemento de vida para el mismo Protestantismo. De ahí viene que el Protestantismo, separado en todo lo demas, haya continuado en algun modo fiel al Cristianismo, es decir, á la verdad y á la vida, en lo que solo el Catolicismo se ha conservado íntegro. Sacó la sávia que lo ha hecho vivir de la vida del tronco, que le impidió corromperse y disolverse enteramente. Cuantas convicciones y caracteres honrosos hay en él tienen ese origen y ese apoyo. La parte cristiana del Protestantismo es un resto de Catolicismo, y tanto mas mal haríamos en desconocer en él este elemento honrado, moral,

religioso y cristiano, cuanto que tenemos interes en reivindicarlo. ¿Cómo no ven por sí mismos estas convicciones cristianas que están desnaturalizadas en el Protestantismo; que son nuestras; que por parte nuestra, por parte de la Iglesia, es por donde se ha operado la verdadera Reforma y se ha conservado el verdadero Cristianismo? ¿Cómo no ven que una Reforma salida del alma de un Lutero y de la de un Enrique VIII, corrompida está desde su origen y que todas las innovaciones que la separaron de la Iglesia, consideradas artículo por artículo, no son mas que relajaciones, facilidades, connivencias para las malas inclinaciones de rebelion, de orgullo y de concupiscencia que se propone reprimir el Cristianismo; doctrina que hace profesion de no humillarse, ni orar, ni mortificarse, ni contenerse, ni creer en la realidad del sacramento del amor, y de engañar el voto supremo que nuestro muy amado Salvador dirigia á su Padre, instituyendo este gran sacramento; *¡Sean ellos uno como nosotros!* es manifiestamente una doctrina anti-evangélica y anti-cristiana; que la saña es contra una Iglesia que profesa y practica la virginidad, la penitencia, la confesion, la comunión, la unidad, la perpetuidad, la universalidad, la apostolicidad, todos los medios y caracteres de la vida y de la santidad que Jesucristo vino á establecer sobre la tierra? ¿Cómo no sienten, ante el simple aspecto general de ambas doctrinas, que su alma pelagra al elegir la menos cristiana, al ser cómplices de la hostilidad y el odio que esta doctrina profesa contra la Iglesia? ¿Cómo al punto no comprenden que es gran deber para ellas el iluminarse, y que tienen un partido generoso que tomar?

Sea de ello lo que fuere, la parte de Cristianismo que se habia conservado en la Reforma debia obrar contra sí misma, y á este elemento cristiano conservado, á este resto de Catolicismo en las poblaciones protestantes; no

menos que á la reaccion de la conciencia humana. á la feliz concordancia de estos dos elementos, débese la enmienda de las costumbres que, tras un siglo de horrosa licencia, ha comenzado á declararse en ella.

No olvidaremos un tercer elemento, por ser el mas importante y el que menos se trata de tener en cuenta, por una ilusion muy natural, pero que la reflexion se encarga de disipar muy pronto: este tercer elemento, es la accion católica sobre los paises protestantes, aun sobre los que parecen haberlo rechazado con mas empeño.

Esta accion, creada por el mundo cristiano, no la destruyó la Reforma, pues continuó subsistiendo en los paises católicos y en el Papazgo, su centro, donde no la debilitaron las pérdidas exteriores que habia sufrido, y antes al contrario, la fortificaron, hasta el punto de que recobrase en intensidad mas de lo que perdiera en estension. Tambien hizo ella una Reforma, la Reforma verdadera, por la que luchó divinamente contra la falsa Reforma, y la venció, no solo en los paises católicos que fueron el campo de esta lucha y quedaron siéndolo de hecho, sino tambien en las mismas naciones protestantes que moralmente resintieron la alta influencia de su santidad, lo mismo que el mundo entero de que hacian parte.

Mientras que la Reforma daba alas á la inmoralidad, viose á la Iglesia contenerla con una energía sobrenatural: "Los Pontífices romanos, dice el historiador protestante de esta Reforma católica, ofrecian en sus personas toda la autoridad de los primeros anacoretas de la Siria. Pablo IV mostraba en el trono pontifical el mismo celo y devocion fervientes que le animaron en el convento de los Teatinos; San Pio V ocultaba bajo su traje espléndido el cilicio del monje, iba descalzo al frente de las procesiones, y edificaba al mundo con numerosos ejemplos de humildad, de caridad y perdon de las injurias; Gregorio XIII se esforzaba, no solo en imitarlo, si-

no aun en superar á Pio V en las severas virtudes de su profesion.—Tal como era la cabeza eran los miembros.—Campeaba en la Iglesia un espíritu interior de reforma, que la renovó en una sola generacion, desde el palacio del Vaticano hasta la mas recóndita hermita de los Apeninos.

Reformándose así fué como la Iglesia reformó al mundo, y lo salvó de los abismos de disolucion en que lo precipitaba la falsa Reforma;—reformó la misma Reforma en los paises en que no pudo vencerla enteramente. Nos lo esplicará mejor una simple reflexion.

El mundo, esto es, su parte civilizada, la Europa, la Cristiandad, es solidaria en cierto grado en sus diversas partes, y seria engañarse torpemente creer que cada Estado reconcentra de tal modo su nacionalidad, su religion y sus costumbres que no ejerce accion alguna sobre los Estados limítrofes, ni tampoco la recibe. El Protestantismo de la Suiza y de Inglaterra no ha ejercido, ni ejerce aun poca influencia, sino mucha en los paises católicos. El Catolicismo de Italia, de España y de Francia ha ejercido igualmente, del siglo diez y seis al diez y siete, gran influencia en el mismo corazon de las naciones protestantes, tanto mas, cuanto que en esa época no estaban aun enteramente constituidas las nacionalidades, como lo estuvieron poco despues, y que ha sobrevivido algo de federativo, de universal, de católico á la ruptura del lazo de unidad de que era Roma el nudo y el centro. Las mismas guerras de religion, que trastornaron entonces la faz de la Europa, concurrieron á mezclar sus elementos; y la controversia religiosa que se desarrolló en todos los puntos, y que apoyaba, en el Catolicismo, la eminente santidad de sus doctores y de sus órdenes predicadoras, sabias, caritativas, debió retener muchas almas en la pendiente de los abismos del error, y volverlas, si no al íntegro Cristianismo, al Cato-

licismo, ó por lo menos á un grado de Cristianismo superior á aquel á que las redujera la Reforma.

El historiador del Papazgo en el siglo diez y seis, el protestante Ranke, estableció muy bien que esta accion del Catolicismo contuvo las invasiones del Protestantismo, lo contrabalanceó, disputándole lo que él llama *el terreno en cuestion*, es decir, la Francia, la Bélgica, la Alemania meridional, la Hungría y la Polonia, cuya conquista debia decidir la victoria, y finalmente, lo venció, reduciéndolo á sus hogares. ¿Pero esta misma accion que circunscribió el Protestantismo, cómo no le habria alcanzado hasta en sus propios hogares? Indudable es que hubiera podido hacerlo, si se advierte que esta victoria del Catolicismo se debió menos á la fuerza de las armas que á una reaccion de la opinion pública, como lo hace observar el historiador Ranke, y como lo confirma el éxito de los establecimientos de Jesuitas en el mismo seno del Protestantismo; y se note que el fervor católico hallaba en Bélgica, Austria, Polonia, Hungría y Francia, centros de accion próximos al Protestantismo ó en sus Estados que debian ejercer sobre él una incesante influencia; en fin, que la Francia sobre todo, donde la lucha debia ser suprema y decisiva en sus resultados universales, ganó al Protestantismo una victoria, de que fué como espléndido triunfo el siglo diez y siete, é hizo penetrar para siempre en todo el mundo el brillo y la fuerza de la verdad, por medio del apostolado del genio.

Esplicase, pues, muy bien, por la triple reaccion de la conciencia humana, del elemento cristiano conservado, y del Catolicismo, la enmienda de las costumbres en las naciones protestantes.

Hasta aquí no se ha resuelto la objecion mas que en su primer grado. Para no desfigurarla en nada, debemos decir que aun resta preguntarse cómo las naciones pro-

testantes, que evidentemente, segun nosotros, despues de todo, en condiciones de moralidad menos perfectas que las naciones católicas, presentan, sin embargo, un estado aparente de orden igual y aun superior, tal dicen, al de las naciones católicas.

Preciso es que respondamos á esta objecion.

Desde luego podriamos no recurrir á los términos de comparacion. Las sociedades que llevan el nombre de católicas, y particularmente la Francia que sobre estas influye, no son nada menos que católicas. La Francia es volteriana desde hace cien años, y lleva treinta de hegeliana. ¿Hay que admirarse de que se vea atormentada? Si fuera sabia y estuviese en orden, siendo anti-católica, el Catolicismo vendria á ser inútil; pero es loca y se descarria á proporcion que es anti-católica, y sus desórdenes prueban la verdad del Catolicismo y lo vengan de la objecion. Esta se destruye así por sí misma. En Francia no hay orden; no aunque sea católica, sino porque no lo es: luego sus desórdenes nada prueban contra el Catolicismo, antes bien, atestiguan á su favor.

¿Se dirá que es culpa del Catolicismo el que la Francia no sea católica, y que esto prueba su impotencia para hacer que lo acepten? Responderé que para juzgar de la eficacia de un remedio es necesario emplearlo. Prescribirlo es oficio del médico; tomarlo corresponde al enfermo, no siendo responsables el remedio ni el médico de la negativa del enfermo. Diré mas: se harian culpables si se adhiriesen á los gustos depravados de este último. Esto es precisamente lo que distingue el Catolicismo del Protestantismo. La objecion se vuelve de nuevo contra sus autores.

Haremos que esto se comprenda mejor por medio de una respuesta mas directa y que tocará la dificultad mas á lo vivo.

A pesar de esta infidelidad general de la Francia por

el Catolicismo, y aunque este no pueda ser responsable de ello, admitimos sin embargo que la Francia es hasta cierto punto católica; y no nos valemos de otra cosa que de este débil cierto punto para sostener la comparacion con las naciones que profesan esclusivamente el Protestantismo, dejando á cada uno juez de cuál seria la ventaja del Catolicismo si con igualdad fuera su culto profesado.

Cuando se compara la accion religiosa del Cristianismo protestante con la del católico, llama la atencion que la primera de estas acciones obtiene un asentimiento mas general, pero tambien producto de resultados infinitamente mas débiles que la segunda. En las sociedades protestantes todos son religiosos y ninguno santo; mientras que en las católicas hay impíos, grandes impíos; pero tambien santos, grandes santos.

Fácil es de explicar la razon de esta diferencia.

Júntanse al Protestantismo todas las inclinaciones naturales de debilidad ó de licencia, inclinaciones que el Catolicismo hace profesion de combatir de un modo absoluto, por medio de las creencias mas precisas, de las prescripciones y prácticas mas severas; y por consiguiente las irrita y las exalta cuando no las doma. El Protestantismo es cómodo para ellas: las reprueba de un modo general, pero no las somete á ninguna disciplina represiva ó preventiva. ni aun discute sobre ellas. Por consiguiente, no las subleva, ni las escita por la defensa ó por la lucha, disminuyendo así la violencia declarada, pero debilitando el resorte de la virtud, con lo que empobrece la naturaleza moral. Entibia la naturaleza humana, le estingue, el fuego y por eso vemos que en los pueblos protestantes, cuantos menos desórdenes morales haya, hay tanta menos impiedad declarada, y por la misma razon, menos altas virtudes, menos piedad profunda, menos prodigios de caridad y de heroismo

cristiano; pero sí un término medio frio, uniforme, pobre de moralidad, ó mas bien de ausencia de inmoralidad, ó mas bien aun de ausencia de *ruido* de inmoralidad: ni alto ni bajo; ni cielo ni infierno: la tierra; y el hombre identificándose cada vez mas con ella.

Sin embargo, en lo mas fuerte de esta lucha espantosa, un hombre á quien ninguna razon natural impelia á esponerse, que sin faltar á su deber hubiera podido quedarse en el hogar doméstico, que no podia llevar al combate precaucion alguna de defensa, siéntese inspirado, y penetra en lo mas vivo de la pelea, para socorrer á sus hermanos. Este hombre era un sacerdote católico que, segun sus bellas palabras, *daba su vida por sus ovejas*. . . . Y la dió en efecto en aquel terrible dia exclamando: *¡Sea mi sangre la última que se derrame!*

¡Protestantes! presentadnos en toda vuestra larga historia un solo rasgo semejante á este!

La caridad positiva, hija del corazon, la caridad católica fué la que tuvimos presente al dirigiros este capítulo, sin que se entienda que os negamos virtudes; pero sí que estas se mantendrán oscurecidas en tanto no retrocedais al gran principio de las verdades eternas.